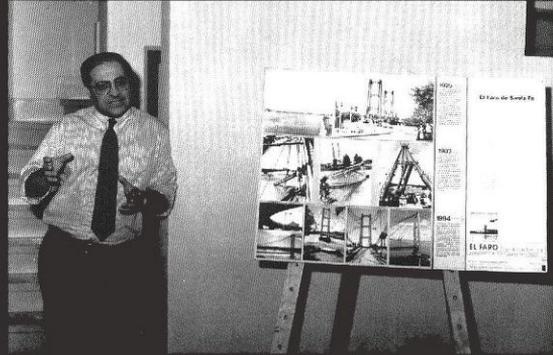


CARLOS CHIARELLA

ARQ. EDUARDO NAVARRO
 PROFESOR TITULAR
 ARQUITECTURA V



Grande es el espacio que queda vacío y mayor la responsabilidad de quienes trabajamos con él en la tarea de formar arquitectos desde la cátedra de Arquitectura V.

Aún recuerdo aquel mediodía de 1985 cuando fuimos a visitarlo a su estudio para pedirle su participación en la conformación de una cátedra de diseño de la incipiente facultad que se estaba creando, a partir de un movimiento estudiantil y docente que hoy reconocemos como el origen de esta unidad académica. Generosamente se prestó a la convocatoria sin preguntarnos nada y es así que, casi sin conocernos, comenzamos a trabajar con la energía y la enjundia que siempre le imprimió a sus proyectos.

Rápidamente su sólida formación comenzó a operar en nosotros como un permanente motor de crecimiento tanto en la reflexión como en la acción. Educado en la arquitectura de partido, siempre hallaba una lógica desde la cual establecía la crítica tanto a la producción propia como ajena, crítica que no admitía ambigüedades y que llegaba a expresar con tonos de vehemencia.

Aquella relación académica creció en lo humano, alimentando un fuerte y cohesivo sentido de grupo, permitiéndonos reconocernos en otros aspectos que generalmente se traducían en conversaciones informales sobre temas variados. Siempre asomaba el arquitecto que había en él, preocupado permanentemente por la ciudad, por lo urbano y por la comprensión y la explicación de la parte desde el todo.

Ante la percepción del creciente ablandamiento finisecular de valores que experimentan las jóvenes camadas de arquitectos, lo desvelaba la necesidad de formar profesionales con un fuerte sentido de compromiso ético que, como solía decir, sería la vara que les permitiría ver el futuro inmediato y decidir lo que se debía hacer por sobre lo que se podía hacer.

Pero, probablemente, una de sus contribuciones más paradójicas haya sido su amplio sentido de crítica y de desobediencia a las normas reglamentarias para construir la ciudad. Concebidas y aplicadas las más de las veces de forma esquemática, se encargó de ponerlas en tela de juicio en cada propuesta que realizaba. Algunas obras como la Clínica Mahn y los edificios Sol I, II y III son ejemplo de ello, con resultados afortunados para la ciudad aunque desgastante para él mismo, por la permanente y a veces desalentadora puja con la autoridad de turno. Apasionado en su estilo, estaba dotado de una capacidad de trabajo demoledora. La Estación Elevadora de Líquidos Cloacales, el Monumento al Brigadier López, la propuesta de reciclado de la pila oeste del Puente Colgante -conocido como proyecto El Faro- le llevaron un tiempo de gestión y desarrollo que habla de ese empeño. Una gran cantidad de ideas sobre temas arquitectónicos y urbanos no llegó a ver la luz, restando como testimonios de su capacidad de hacer y de su sentido de lucha permanente. Se podía no compartir sus puntos de vista acerca de cualquier tema pero, y éste es todo un legado, se encargó de dejar en claro que la crítica se debía efectuar con propuestas. Así fue siempre y a todos nos consta, exhibiendo coherencia entre lo que decía y hacía. Su anticipada partida hace que, para quienes estábamos cerca de él, la muerte sea algo difícil de elaborar. Creo que el tiempo va a dejar ver con mayor claridad la magnitud de su paso por el mundo y la vida que, a la sazón, es nuestro mundo y nuestra vida, la que él soñó ideal y a la que siempre intentó mejorar.

